

La gente en general lee menos, pero tiene acceso a muchísimas imágenes durante el día. Para un niño, leer desde la imagen es algo muy natural. Las ilustraciones evocan mundos, son ventanas por las cuales ven diversas situaciones, ficticias o reales. Las ilustraciones estimulan, crean emociones, narran. Son las primeras imágenes impresas a las que un niño tiene acceso, su primera entrada a un museo. Otorgan diversión y placer, momentos de tranquilidad para observar y largos tiempos para imaginar.

La fuerte presencia de la ilustración no debe interpretarse como una forma de aligerar la lectura; debe considerarse como una forma de lectura en sí, es decir que *las imágenes se leen*, seducen, atraen al lector, facilitan la entrada de un nuevo público acostumbrado a la visualidad. Una ilustración puede dejar huella largo tiempo y, a veces, acompañar de por vida. La imagen, indiscutiblemente, traspasa fronteras territoriales, edades y culturas.

Me gusta el género de los libros álbum porque tengo interés en contar historias desde lo visual, donde texto, imagen y silencios entren en diálogo, como en la música. En mi proceso creativo las imágenes y las palabras aparecen al mismo tiempo, son mi lenguaje, un idioma y una vez que lo aprendes no puedes desprenderte de él. A veces pienso en un concepto y la idea se desarrolla en mi cabeza en formato álbum. Me gusta la economía lingüística, ahorrar palabras, eliminar adjetivos y todo lo que pueda ser dicho en imagen. Una de las grandes virtudes del libro álbum es que es bastante libre, con frecuencia se están inventando nuevas formas de narrar a través de él. Por ejemplo, el libro *Nocturno*, de Isol, es extremadamente novedoso; a mi juicio, es una competencia directa –y superior– a los libros digitales, que si bien son sorprendentes por la cantidad de estímulos sensoriales, no terminan de asombrar al niño, porque ya está acostumbrado a ellos; en cambio, *Nocturno*, al estar en papel e iluminarse con la luz, lo que entrega al niño es magia. –

Cuando era niña pensaba que no había libros escritos para mí **MARÍA BARANDA**



Cuando era niña pensaba que no había libros escritos para mí. Todo lo que leía eran relatos de hombres que atravesaban selvas peligrosas, que cruzaban los cielos en globos estáticos o descendían a las profundidades del mar para descubrir extraños monstruos,

máquinas fantásticas, reinos vegetales donde había árboles petrificados, lianas de mar, extrañas flores que eran la alfombra de la oscuridad, sitios inimaginables que me hacían pensar en cómo serían esos lugares si yo estuviera ahí. Leer sobre ríos peligrosos donde vivía un huérfano aventurero que arriesgaba todo por la amistad o saber de la intimidad

en la casa de cuatro hermanas que compartían sus juegos y deseos más profundos me hacía pensar que yo también podía escribir eso que no encontraba: mi propio paraíso. Leer era, en esos días, descubrir mundos lejanos en otras lenguas. Y, aunque todavía podría evocar el fervor que me causaba enterarme de la enorme ballena blanca que habitaba en el fondo marino o del agujero donde una niña despistada había caído para encontrarse con un extraño conejo blanco, siempre tuve la sensación de que algo me faltaba. Entonces empecé a reescribir aquello que leía, pero con el cuidado de incluirme a mí, a mis hermanos, a mis primas y amigas. Seguía fielmente la estructura de la narración, pero asumía la historia a partir de mis propias emociones. El mundo se transformó en la posibilidad de ser y estar en la página, de representar otros sitios, quizá lejanos, pero con los que lograba establecer un diálogo más íntimo conmigo misma. Los paisajes ya no eran lugares nevados con “montañas doradas” ni mares donde navegaban “enormes barcos capitaneados por intrépidos hombres”. Ahora todo se reducía a lugares conocidos, escarpados como el jardín de pedregal de mi casa, o como las colinas donde pasábamos en familia los domingos. Recogí olores de la comida que conocía: el epazote y el tomillo, las tortillas quemadas, la leche que hervía hasta derramarse. Entendí que los libros eran rocas que podían esculpirse, un poco con el *facile inventis addere*. Recuerdo una de esas “recreaciones” que me atreví a hacer con *Veinte mil leguas de viaje submarino*, en donde una de mis primas era la que “devoraba con mirada ávida la algodonosa estela” y la carcajada abierta de mis hermanos al escuchar la absurda descripción que yo intentaba hacer trasladando las frases de Verne a nuestro mundo. Pero de ahí a la representación bastaba un solo paso: el que todos dijéramos que eso que escuchábamos era posible en el juego. Jugar para ilustrar los relatos. Los libros eran disparadores de aventuras, siempre y cuando los acercara a algo más conocido y familiar.

Elizabeth Bishop en su poema “El monumento” dice: “Allá, ¿ves el monumento? Es de madera, / construido un poco como una caja. No. Construido / como varias cajas de tamaño decrecientes, / una sobre la otra / y cada una dispuesta de tal modo / que sus esquinas apunten contra los lados...” Así, como las cajas de madera, yo escribía una historia sobre otra. Era la posibilidad de articular un nuevo territorio que brotaba de la página escrita como una bocanada de aire fresco. Y luego encontré la poesía y descubrí la música de las palabras y de nuevo, el sitio, ese sitio, pero esta vez, absolutamente mío.

Empecé a escribir por una falta, algo que no estaba para mí, pero que me condujo al goce y al juego. Al escribir para niños ahora, intento contactar con esa ávida lectora que fui. Creo que nunca se vuelve a leer, a escuchar, a jugar, a asombrarse como entonces. Encontrar el tono justo para escribir a los niños no es sencillo, pero es un privilegio. Son lectores muy exigentes. Y desde ahí hay que escribirles. Con el mismo rigor que se hace en los libros para adultos.

Nunca he podido escribir un libro por encargo. Han sido varios los editores que se me han acercado con diversas peticiones. He fallado siempre porque pienso que solo los libros necesarios, los que uno lleva dentro, son los que se pueden escribir. Y aunque sé que es un oficio, finalmente soy yo la que escribe por ese hueco, ese hueco que aún no termina de llenarse. –